

INTRODUCCIÓN

Nadie pone en duda la importancia que Manuel Bartolomé Cossío ha tenido en el desarrollo de la Institución Libre de Enseñanza. Confidente e hijo espiritual de Giner y el más preparado pedagógicamente entre sus discípulos, fue un apoyo firme para construir el discurso de la reforma educativa ideada por los krausistas, tras el fracaso del proyecto republicano de 1868 y la vergonzosa persecución efectuada por Orovio en los primeros años de la Restauración. La sensible epidermis de Giner no resistía la confrontación con realidades duras, y el proyecto de reforma del país, no sólo educativa, sino además, y principalmente, política, que representaba la *cultura institucionista*, necesitaba más de seductores cuidadosos con las formas que del rigor moral de un idealista radical como Don Francisco. Cossío fue quien logró poner a Giner en contacto con una realidad social más tangible, actuando como *mensajero* y maestro de obra de los planes diseñados en la I.L.E. Fue el hombre capaz de llevar los ideales institucionistas a ambientes muy distintos a los de *la casa*, el que conectó la experiencia que producía aquella pequeña escuela con las inquietudes manifestadas por los maestros en toda España.

Es muy conocida la relación filial, llena de un fervor casi religioso, que Cossío mantenía con Giner. Para explicar cómo fue capaz de llevar adelante sus planes de reforma, no basta con afirmar que la I.L.E., representaba los intereses de la burguesía progresista o que era un grupo de presión ligado al liberalismo. Cuando se examina su vida, tan completamente dedicada a una causa civil, es difícil dejar de preguntarse cuáles eran sus motivaciones más fuertes para entregarse con tanto empeño a una reforma que abarcaba todos los ámbitos culturales del país. En el estudio de la construcción del proceso histórico que representa la I.L.E., es necesario prestar atención a las relaciones personales que se establecieron entre sus principales protagonistas y a la sinceridad de sus ideales éticos, a la “fuerza interior” que les animaba para llevar adelante sus planes; aspectos que han sido tratados con un gran desdén y mayor injusticia, llegando a calificar el proyecto institucionista con epítetos que hoy resultan no tanto sectarios o jacobinos como irreflexivos y llenos de pedantería.

No podríamos efectuar una semblanza de Cossío e introducirnos en su trayectoria vital sin tener en cuenta el movimiento que representa en el marco del proceso político en que está inmerso, que comienza con la Restauración en 1875 y desemboca en la II República, etapa histórica en la que se enmarca la I.L.E. y casi todo su periplo vital. Es un tiempo (Cossío nace en 1857 y fallece en 1935) en el que se asienta la red pública de enseñanza primaria, se pierde un imperio ultramarino y declina una concepción del *ser* de España forjada desde finales de la Edad Media. En consecuencia, las distintas fuerzas sociales que operan para alcanzar la modernidad industrial, con una revolución burguesa fracasada, lo hacen contra una cultura tradicional que está todavía fuerte-

mente arraigada en la mentalidad colectiva. En realidad, tanto el krausismo, como el darwinismo u otras corrientes de pensamiento que encontraron refugio en el ambiente institucionista, son elementos perturbadores de un orden secular que apenas ha sido modificado por la Constitución de 1875.

Ese orden de valores establecía un modelo de *españolidad* que se caracterizaba por un rechazo frontal a cualquier influencia ajena a lo que Turín denominó *estado de cristiandad*, tal como se había conformado en el pensamiento de la Contrarreforma. El krausismo había roto con esa tradición y los esfuerzos de la I.L.E. se dirigían a incardinar la cultura española con la de otros pueblos europeos para corregir el *atraso* que había llevado a España a su decadencia.

En este contexto debemos encuadrar el proyecto de Giner, en el que Cossío actúa como su hombre de acción por excelencia. Evidentemente, la reforma que ellos proponían (aún hay que recordarlo para los que acostumbran a interpretar la historia con ira), no era negar lo que España había sido, por el contrario, era un proyecto enraizado profundamente en las entrañas de la cultura popular, en contacto estrecho con sus manifestaciones más variadas. Tuvieron la virtud de considerar esa cultura como una argamasa que servía para renovar espiritualmente a la nación, herida por un pensamiento que de forma inexorable habría de modificarla; pero apuntaron también los defectos que a su juicio contenía el espíritu y la tradición española, y en este sentido, las resistencias que encontraron fueron demasiado duras para que la reforma culminase pacíficamente.

Tal vez hoy, que nos hemos acostumbrado un poco más a contemplar las formas de disidencia con tolerancia, la obra de la I.L.E. nos parezca un proyecto lleno de emoción, una

aventura fascinante llevada a cabo con honestidad y tenacidad. No deja de producir cierta sorpresa comprobar, al examinar su pensamiento, proyectos y realizaciones, cuánto debemos los que ahora poblamos España a los afanes de aquellos profesores. Cossío fue uno de sus protagonistas principales.